

Y luego, como chispa que electriza,  
Vuelve á su mente tormentoso olvido :  
Le presenta á la madre que agoniza,

Le promete salvarlo si lo quiere....  
Mas, por toda respuesta.... compasivo,  
Cristo lo mira. Y por los hombres, muere.

FRANCISCO ANTONIO FORERO

Alumno externo

## EL ANTICLERICALISMO

Bajo el título que encabeza estas líneas ha publicado recientemente M. Emile Faguet un libro en extremo interesante, tanto por el número de datos que contiene relacionados con las luchas en Francia de la Iglesia católica, como por las observaciones personales del autor y las conclusiones á que llega.

Sabido es que M. Faguet es hoy uno de los publicistas más notables de Francia. Como crítico de letras ocupa sin disputa uno de los primeros puestos en la literatura contemporánea. Sus trabajos críticos, sin embargo, con ser tan numerosos y serios, no han embargado toda su atención, y en los últimos años ha dado á la estampa libros de alcance más vasto, de los cuales conocemos *El Liberalismo*, *El Culto de la Incompetencia*, y éste otro, dedicado á la cuestión religiosa en Francia, á que ahora nos referimos.

M. Faguet no es, por lo demás, no diremos un buen católico, pero ni aun siquiera hombre de fe. Con esta declaración, estampada al frente de *L'anticléricalisme*, se presenta á estudiar el desarrollo que han tenido en Francia las luchas religiosas á partir del siglo XVII; y si bien tal declaración debe mover á compasión el ánimo de todo creyente, es claro que la franqueza del autor y el título de no-católico que á sí mismo se da, prestan mayor valor á

sus opiniones favorables á la Iglesia y quitan á sus palabras toda vislumbre de parcialidad.

Es digno, además, de encomio el eminente académico por la franqueza, que se convierte á veces en verdadera rudeza, que emplea al censurar los vicios y defectos de sus conterráneos. Hablar de la democracia en los términos que lo hace M. Faguet, presupone hoy un gran valor moral; hablar de la superficialidad y de la vanidad de los franceses de la manera que acostumbra este francés ilustre, es cosa que raya en lo extraordinario.

“La vanidad, dice, contribuye no poco á apartar á los franceses de los caminos de la religión y aun de todo lo que pudieran conducir á ella. La vanidad francesa es cosa muy distinta del orgullo que se nota en otras naciones, pues éste tiene carácter de nacional y aquélla es meramente individual. El inglés, el alemán ó el americano son muy orgullosos, pero lo son principalmente por ser ingleses, ó alemanes, ó americanos, mientras que el francés lo que hace siempre es vivir admirándose y considerándose el centro natural de todo, persuadido de que todo lo que le rodea debe vivir también admirándolo.... ¿Y cómo podrá la vanidad conciliarse con la religión? ¿Cómo, si la vanidad se caracteriza por el rechazo de todo lo que sea colectivo, si consiste precisamente en que el hombre esté persuadido íntimamente de que no hay nada fuera de él? Y si el francés, por razones de vanidad, rechaza de antemano toda colectividad, ¿qué sentimientos no habrá de experimentar hacia la Iglesia, que además de ser una colectividad, hace de la humildad la primera de las virtudes?”

La vanidad, la ligereza, la falta de respeto y de amor á la tradición, la inmoralidad, son otros tantos elementos que han contribuido á arrancar de las masas del pueblo francés el sentimiento religioso y á crear una especie de “irreligión nacional,” causa, según el autor, de la dislocación de los espíritus en Francia, de sus grandes reveses y de su ruina futura.

El sentimiento de hostilidad hacia la Iglesia se cubre en Francia, como en todas partes, bajo el velo y las apariencias de la separación entre las dos potestades; pero aquella separación conduce en Francia necesariamente á la persecución del catolicismo, y esto lo observa y lo demuestra elocuentemente el mismo Faguet, no obstante ser él partidario en principio de la separación de la Iglesia y el Estado. ¿Por qué la separación engendra la persecución? En primer lugar, dice Faguet, porque la ley de la separación presupone un principio de libertad, y la idea de la libertad no se amolda fácilmente al espíritu francés; y luego, y esta nos parece una razón de gran peso, aun aceptado el punto de vista de los separatistas, porque una ley que otorga la libertad á la Iglesia en Francia, á una iglesia tan antigua como la Iglesia católica y que tiene allí tantas raíces, le daría por el mismo hecho un poder enorme, difícil de medir, talvez mayor del que gozaba bajo el régimen antiguo ó durante el siglo del Concordato. Y esto es á lo que no se resignan los franceses que tienen hoy la representación de su país; ellos querrían y aceptarían una ley de separación de la Iglesia, con todos los beneficios en su propio provecho y sin beneficio alguno para la Iglesia, y de ahí el que la separación haya ido siempre unida á la persecución y á la opresión, como en los años de 1795 á 1800, ó bajo el régimen concordatario del Imperio, que tendía á colocar á la Iglesia en situación de visible inferioridad respecto del poder del Estado.

Otra de las causas que conducen á los gobiernos franceses á hacer obra hostil á la Iglesia es la persuasión en que están de que por ese medio alcanzan ó mantienen alguna popularidad para sus fines políticos. Otras nociones que en épocas pasadas exaltaban los ánimos y servían á los gobiernos y á los partidos en momentos de crisis, han perdido hoy su prestigio y no alcanzarían á levantar opinión. Nadie tomaría hoy, por ejemplo, la soberanía popular como bandera de combate, pues el pueblo se siente ya demasiado

soberano para que se le pueda halagar por ese camino. Tampoco la idea de la igualdad, pues querer avanzar más en el camino de la igualdad es ir al socialismo, y en Francia hay muchos intereses que no dejan tomar mayor fuerza al socialismo. Hoy, pues, la palabra de orden para reclutar prosélitos es el anticlericalismo, palabra que está siempre en boca de los candidatos al parlamento, único recurso de los gobiernos para mantenerse en pie cuando se ven bati-dos por sus adversarios, único medio de recuperar la popularidad perdida. Fuera de la guerra á la Iglesia no hay salvación! No pudiendo darle al pueblo ni gloria, ni prosperidad, ni pudiendo halagarlo con reformas sociales, que le hagan más suave la vida, tienen los gobiernos que saciar los apetitos de las masas con satisfacciones de odio, y les arrojan el clero como presa que devorar. Estos los juegos circenses de nuestra época; estos los recursos de los Césares modernos.

Y de ahí, por lo mismo, que el anticlericalismo se haya convertido en Francia en una verdadera pasión, una pasión que tiene los caracteres de un hecho morboso, y que lleva á casos, como el que nos refiere Faguet, de un hombre del pueblo á quien él oyó gritar: “¿Libertad? ¡qué libertad! Si uno aquí carece hasta del derecho de matar á un clérigo!” Pasión que ha logrado apoderarse de tal modo de los espíritus, que bien puede decirse que insensibiliza á Francia para todo lo que no sea el odio á la Iglesia, haciéndola olvidar de sus grandes intereses, de sus derechos y de sus deberes y que la hace aparecer ante el mundo como un país en donde nadie se ocupa sino del Vaticano.

Las consecuencias desastrosas para un pueblo que se deja así dominar por semejantes sentimientos, no pueden dejar de influir más y más cada día en su desprestigio y en su ruina. Según lo explica y lo demuestra M. Faguet, extensa y razonadamente, la inferioridad internacional de Francia es la consecuencia natural y lógica del odio á la Iglesia; como que, por una parte, la influencia francesa en Oriente

se ha ido disminuyendo de un modo sensible (cosa que á M. Combes, cuando ha sido gobierno, lo ha tenido sin cuidado); y de otro lado, los vínculos morales que han unido á Francia con la Alsacia, después de 1870, se van también relajando y destruyendo. Los gobiernos anticatólicos de la república no han visto que el sentimiento religioso era el único eslabón que podía mantenerle á la Francia su influjo, y devolverle quizás más tarde su soberanía en sus antiguas provincias.

El libro de Faguet, escrito en los últimos días del año de 1905, no alcanza á relatar los episodios más recientes de la guerra movida en Francia contra el catolicismo por gobiernos y parlamentos ímpios, enemigos de su patria; pero en él se transparentan esos nuevos sucesos, y el autor prevé que la lucha no tiene trazas ni de acabar ni de dar campo á las treguas. Porque el anticlericalismo es esencialmente despótico, vive de la persecución y nunca se sentirá satisfecho.

Esto fue lo que probablemente no alcanzó á ver, á pesar de su enorme talento, aquel eminente abogado y estadista que se llamó Waldeck-Rousseau, autor de la primera ley que abrió en los últimos años el camino á la persecución. El gobierno, en 1901, talvez no pensó en que la ley sobre las asociaciones tuviera los resultados que se vieron poco después, bajo otros gobiernos. "Nada más claro, dice Faguet, que la palabra de Waldeck-Rousseau, pero nada tampoco más oscuro que su conducta, ni nada más difícil de explicar." En 1902 se retira del gobierno, fatigado y bajo el peso del remordimiento de haber ido más lejos del punto que él mismo se había propuesto alcanzar. Pero entonces comete una nueva falta; indica á Combes como sucesor suyo en el gobierno, con lo cual su conducta se oscurece más, pues Combes era, sin disputa, el político más violento de Francia. ¿Obró Waldeck-Rousseau por engaño ó procedió pérfidamente?... Lo cierto es que poco después quiso, desde los bancos del parlamento, atajar la

ola de persecución, pero inútilmente, porque mientras Combes, apoyándose en la misma ley de Waldeck-Rousseau, aseguraba en su favor la mayoría del Senado y de la Cámara, su predecesor en el gobierno quedaba vencido, lamentando tardíamente los resultados de su desatentada política.

¿Otorgará la historia á M. Waldeck-Rousseau el título de hombre de Estado?

HERNANDO HOLGUIN Y CARO

## UNA IDEA DE JUAN JACOBO

Hay un sofisma, probablemente ignorado de la antigüedad, que se acreditó en el siglo XVIII entre los amigos del filosofismo, y vino por fin á tomar cartas de naturaleza en territorio de racionalistas y libres pensadores.

Debió su origen á Juan Jacobo Rousseau, y ha sido desde entonces arma esgrimida contra la doctrina católica por todos aquellos que saben distinguir en la lucha religiosa lo principal de lo accesorio, y tiran á destruir la sustancia, dejando los accidentes á merced de los enemigos adocenados y vulgares.

Consiste el sofisma en afirmar que nadie tiene derecho para intervenir en la educación religiosa del niño. Así lo declaró Rousseau en el *Emilio*, y es idea que, entre las muchas censurables de la obra, contribuyó como ninguna á entorpecer la misión divina de la Iglesia.

Crudas son las palabras que emplea el Ginebrino para asentar y persuadir su teoría. Aquello de anticiparse á los dieciséis años para enseñar al niño las verdades religiosas, lo juzga violencia ejercitada en daño de una libertad indefensa, injusticia y vituperable abuso de autoridad. Espérese, dice, á que la razón alcance cierto grado de madurez y desarrollo para proponerle la religión, no para inculcársela, pues el abrazar determinadas creencias no es hacende-